

nias. La oligarquía dominante de las ciudades griegas, formada por los ricos y el pueblo, ponía el poder en manos de oradores elocuentes, estadistas sagaces ó generales afortunados; pero se deshacía de ellos tan pronto como desconfiaba de su rectitud ó lealtad, desterrándolos de la patria. Por eso se ha dicho, que el poder político en aquellas naciones, era una dictadura de la persuasión, templada por el ostracismo.

Otro tanto pasó en Roma, cuya capital decidió siempre los destinos de todo el pueblo; pues aun en la época en que los habitantes de la península itálica adquirieron el derecho de ciudadanía, la omnipotencia directora no salió nunca del Senado, del Foro y del Campo de Marte.

Las repúblicas italianas siguieron el ejemplo. Florencia, Venecia, Bolonia y Milán disponían á su albedrío de la suerte de los Estados que llevaban su nombre, sin preocuparse por la voluntad de los habitantes del campo. Así pasó también en las de los Países Bajos: Amsterdam fué administrada por 36 consejeros escogidos entre otras tantas familias privilegiadas.

Los verdaderos orígenes del socialismo arrancan, pues, de la revolución francesa que, abolida la esclavitud, destruyó los privilegios de la nobleza y proclamó la igualdad de todos los hombres. Entonces también, fué cuando se oyó hablar por primera vez de la necesidad de igualar las fortunas para obrar en justicia. En este sentido se expresaron Necker, Condorcet, Mably, Marat y Saint-Just.

Una vez realizada la unificación política de la especie, quedó todo allanado para la elaboración de nuevos sistemas, que se ocupasen en el mejoramiento de las condiciones generales de la humanidad; de allí nació la naturaleza científica del sistema socialista, que se basó en derechos proclamados, fundamentales é imprescriptibles.

Pasada la revolución, continuó en el aire la vibración de las ideas, y tanto en Francia como en Inglaterra y Alemania, eleváronse voces poderosas, que formaron como eco y continuación á los clamores revolucionarios.

El desarrollo extraordinario de la riqueza y la desigualdad irritante de las fortunas que tal hecho engendra, juntamente con los progresos del maquinismo y la difusión de las luces entre las masas, han contribuído eficazmente á la propagación del socialismo. Las teorías comunistas y las utopías igualitarias prenden y arraigan

gan en el cerebro popular, merced á la propaganda ejercida por medio de la imprenta; pues libros, folletos y periódicos baratos y de fácil circulación, comunican ese punzante delirio á la multitud. Los pueblos atrasados, aquellos donde hay poco industrialismo, á la vez que una ilustración incipiente, no son terreno á propósito para la plantación y el desarrollo de ese germen; pero aquellos donde los conocimientos están más generalizados y es mayor el número de los que saben leer, están mejor preparados para recibir tan mala semilla. Así, por una amarga ironía del destino, los países que luchan por su engrandecimiento, preparan á la vez el pavoroso problema de crisis profundas, pues con las luces que difunden, reparten el fuego de una futura conflagración.

### III.

El cristianismo, antes que los estoicos y que ninguna otra filosofía ó religión, proclamó la igualdad fundamental de la especie humana, hizo que se confundiesen en abrazo amoroso los señores y los esclavos, y mezcló y unificó en la misma tierra bendita, las cenizas de los pobres y las de los ricos, todos sujetos á la misma ley de la muerte, é iguales ante Dios. Fué una inmensa renovación en todos los órdenes de la vida. La sociedad antigua tuvo por fundamento la esclavitud, y el cristianismo la destruyó; la sociedad antigua se postró ante el Becerro de Oro, y el cristianismo predicó la pobreza. Es cierto que algunos filósofos antiguos hicieron gala de despreciar las riquezas y predicaron el amor á la sabiduría; pero también lo es que aquellas enseñanzas basadas en el orgullo y no en el amor, hallaron eco en contadas inteligencias y permanecieron extrañas al movimiento popular. El politeísmo nada dijo contra la codicia, y sobre la grandeza imperecedera de Grecia y Roma, se proyecta una sombra muy negra, que no logran disipar, ni los lauros intelectuales de la una ni la gloria militar de la otra: la de su menosprecio hacia los humildes. Todos cuantos se mantenían del trabajo de sus manos, fueron vistos con profundo desdén por los antiguos, coincidiendo en esta misma injusticia, sabios, políticos, poetas y oradores. «Los filósofos de Grecia, dice Renan, á la vez que soñaban con la inmortalidad del alma, vivieron llenos de tolerancia para las iniquidades de este bajo mundo».

Las posiciones respectivas de ricos y pobres en aquellos remo-

tos tiempos, estaban bien marcadas é irremediamente definidas; la lucha entre una clase y otra tenía que ser y fué inexorable. «Las ciudades griegas, dice Fustel de Coulanges, oscilaban entre dos revoluciones: una que despojaba á los ricos y otra que volvía á ponerlos en posesión de su fortuna. Eso duró desde la guerra del Peloponeso, hasta la Conquista Romana». Los levantamientos de Rodas, Megara, Samos y Micenas, fueron espantosos; el pueblo rebelado, se rehusaba á pagar y abolía los impuestos, anulaba las deudas, confiscaba y distribuía las tierras y mataba á los ricos. Estos á su vez, se armaban, se ligaban tal vez con el enemigo extranjero, y recobraban el poder y las riquezas arrebatadas, haciendo espantosas hecatombes entre la multitud.

Roma fué al principio un Estado agrícola, pero á medida que creció con la conquista, fué perdiendo sus costumbres patriarcales. Una vez llegada al apogeo del poder, surgieron las clases ricas, formadas en un principio por la de los caballeros, *equites*, si bien llegaron estos bien pronto á su vez á ser absorbidos por los publicanos, quienes fueron monopolizando poco á poco toda la riqueza y destruyendo las pequeñas fortunas, hasta venir á ser árbitros del Senado, de la justicia, de la hacienda pública y hasta del sufragio popular. El mundo fué entonces propiedad de unos cuantos. Esa situación, sin duda alguna, fué la que hizo prorrumpir al poeta en aquella amarga y conocida queja: *!Humanum paucit vivit genus!*

Eso fué debido á que la política de Roma, aun en los mejores tiempos de la República, tuvo por norte el favorecer los intereses de las clases ricas, como lo prueba el famoso *delenda Carthago*, que no fué más que el grito feroz del proteccionismo de los negociantes romanos contra los cartagineses, sus competidores en el comercio. Cuenta Cicerón, además, que el Senado, compuesto de ricos terratenientes, mandó destruir los viñedos y olivares de las Galias para acabar con una concurrencia ruinosa para sus negocios. Las sociedades por acciones ó partículas, en las cuales entraban también los patricios, se apoderaban de todos los negocios comerciales, y se extendieron desde el centro de la República ó del Imperio hasta las provincias más remotas, especulando con todo: construcciones, minas, transportes, aduanas y contratas con el ejército. Las latifundias ó grandes propiedades territoriales, fueron tragándose las propiedades pequeñas; la usura devoraba á la nación, y era practicada sin disfraz, no sólo por los negociantes,

sino también por los militares, estadistas y filósofos. El austero Catón la ejercía; Cicerón despojaba por la violencia la provincia que administraba, y ganaba en menos de un año, 2.200,000 sextercios; el honrado Bruto, colocaba en Chipre sus capitales á un interés de 48 por ciento; Verres, en Sicilia, á 24 por ciento; Séneca, despojaba la Bretaña por medio del agio.

Tal era la situación en que se encontraba el mundo cuando hizo su aparición el cristianismo. Existía la esclavitud, era menospreciado el trabajo, predominaba la codicia: el mundo estaba dividido entre explotadores y explotados. Ninguna voz de paz ni de conciliación se elevaba en medio de la lucha. Los campos opuestos estaban cerrados á toda compasión, y el desacuerdo parecía irremediable. La religión de Jesús vino á socavar las bases del edificio y á proclamar las doctrinas contrarias á aquel orden de cosas: la igualdad humana, la santidad del trabajo y el desprecio á la riqueza. No es posible comprender y abarcar en toda su extensión, el efecto que haya causado en aquella sociedad caduca y milenaria, donde existían por tradición aquellos vicios y preocupaciones, la predicación de verdades tan insólitas. Evolución tan enorme, metamorfosis tan fundamental, bien puede llamarse una renovación completa del mundo.

Entre todos los pueblos de la antigüedad, fueron los Israelitas, antes que los cristianos, los únicos que tuvieron piedad para el pobre y el trabajador, y los únicos que dictaron leyes para la protección de los desvalidos. La legislación de Moisés, que regía todos los actos de aquella agrupación humana, no dejaba sin protección al asalariado: un día de reposo todas las semanas, era absolutamente obligatorio, y la tierra misma tenía su año sabático, durante el cual todos sus productos pertenecían á los pobres. Los ricos invitaban á los proletarios á banquetes frecuentes, y estaba prescrito hacer la cosecha y la vendimia con descuido, para permitir á los pobres y á los extranjeros que cruzasen los campos, recoger espigas y racimos para alivio de sus necesidades. La usura estaba estrictamente prohibida, los préstamos debían ser gratuitos, y, los mismos acreedores, por cualquier título que fuesen, debían ser humanitarios y piadosos con sus deudores. La esclavitud era suave y llevadera, y tanto ella como los gravámenes de las tierras, desaparecían cada año sabático. La propiedad entre los descendientes de Abraham, no constituía un derecho absoluto; el rico tenía la obligación de hacer al pobre partícipe de

sus riquezas por el diezmo y la limosna. «El Código de Jehová, dice Renan, ha sido una de las primeras y más audaces tentativas hechas para defender á los débiles, porque encierra un verdadero programa de socialismo teocrático, sobre la base de la solidaridad, y absolutamente contrario al individualismo».

En Israel, es cierto, se formó, lo mismo que en los otros pueblos, la propiedad individual, y nacieron con ella, el amor desmedido á la riqueza, la codicia y el egoísmo; pero los profetas estaban ahí para levantar la voz contra los poderosos y defender á los oprimidos, para invocar á favor de éstos la protección divina, y para amenazar á los magnates con terribles castigos. Esto ha hecho decir á Renan, con harta exageración, pero con cierta justicia de fondo, que: «Los profetas israelitas eran publicistas fogosos de la especie que llamaríamos ahora: socialista ó anárquica; fanáticos de justicia social, proclamando muy alto que, si el mundo no es justo y susceptible de serlo, vale más que perezca: manera de ver muy falsa, pero muy fecunda, porque, como todas las doctrinas desesperadas, como el nihilismo ruso de nuestros días, por ejemplo, producía heroísmos y un gran despertar de fuerzas humanas».

Los ricos israelitas llegaron á ser traidores á su patria, pues formaron causa común con los griegos; y el pueblo entretanto suspiraba por el estado patriarcal primitivo, tan parecido al comunismo, y abrazaba en el mismo odio y en la misma maldición, al rico y al extranjero. Aquellos sentimientos inspiraron la fundación del *Ebionismo*, secta religiosa, cuya base y objeto era la pobreza; y la pobreza vino á ser á los ojos de la mayoría, el símbolo de toda perfección y santidad. El *ebión* era pobre, humilde amigo de Dios; mientras el rico era impío, violento y opresor. En medio de aquella situación, apareció Jesús, el Salvador, elevando la voz contra los ricos y proclamándose el amigo de los pobres. Su enseñanza fué escuchada por los oprimidos; su séquito fué formado por pastores, pescadores y gente humilde; y en toda ocasión se complació en manifestar que los pobres eran los herederos de su gloria, mientras los ricos podrían entrar difícilmente en el reino de los cielos.

Los Doctores de los cuatro primeros siglos de nuestra Era, profesaron doctrinas francamente comunistas ó casi comunistas. La vida de los primeros discípulos de Cristo se conformó plenamente con esas ideas, y, durante las persecuciones, ricos y pobres, señores y esclavos, obreros y patricios, vivían confundidos

en sus oraciones, en la obscuridad de las catacumbas, en sus ágapes místicos, y en su vida toda entera, donde no había tuyo ni mío; y ya muertos reposaban los unos al lado de los otros, sin distinción de clases ni categorías, los nobles más ilustres de la ciudad inmortal, juntos con los más oscuros y plebeyos de los talleres y las ergástulas. «Todo es común entre nosotros, dice Tertuliano, salvo las mujeres»; y Santiago agrega: «Llevamos con nosotros cuanto tenemos, y todo lo partimos con los pobres». San Ambrosio dice que: «La tierra ha sido dada en común á los pobres y á los ricos, que la naturaleza ha puesto las cosas á la disposición de todos, y que sólo la usurpación ha criado el derecho particular». San Juan Crisóstomo tenía la idea de que «los ricos y los avaros son verdaderos ladrones que ocupan la vía pública, desvalijan á los pasajeros y trasforman sus propias habitaciones en cavernas donde amontonan los bienes ajenos».

San Gregorio el Grande sostenía que no había mérito en no robar, si se reducían á propiedad privada las cosas criadas para la comunidad, y que al dar á los indigentes lo necesario para que vivan, no nos privamos de lo que nos pertenece, sino les damos lo que es de ellos; así que tales actos no son obra de caridad, sino pago de deuda. San Clemente decía que todas las cosas de este mundo debían ser de todos, y que sólo por la iniquidad, se hicieron de propiedad particular. San Agustín sostiene que la propiedad no es de derecho natural, sino civil; y San Basilio el Grande que los ricos han usurpado las cosas comunes, que sólo por eso las poseen, y que si cada cual no tomase para sí más que lo necesario, y diese lo demás á los indigentes, no habría ni ricos ni pobres. San Juan Crisóstomo dirigiéndose á los ricos, les decía: «Habéis recibido vuestras riquezas por herencia, está bien: no habéis pecado, pues, vosotros mismos; pero ¿sabéis si gozáis del producto de robos y crímenes anteriores?» San Jerónimo, finalmente, pronunció aquella frase que se ha hecho célebre: *Omnis dives, aut iniquus est aut heres iniqui*, todo rico es un inicuo ó heredero de un inicuo.

Si el criterio de la Iglesia se hubiese detenido aquí, no existiría línea de separación entre el cristianismo y el socialismo filosófico; pero esas teorías eran demasiado exageradas y ardientes para ser definitivas. Fueron fruto del entusiasmo ascético de los primeros siglos y estaban impregnadas de sentimientos primitivos. La humanidad, al fundirse en el cristianismo, parecía como

renovada y vuelta por el idealismo á las primeras épocas del Génesis. Al pasar la religión de Jesús de la persecución á la legalidad y de las catacumbas á la luz del sol, entró de lleno en las complicaciones de la existencia, y tuvo que conformarse con las exigencias de la realidad viviente, que eran las generales y perpetuas. La vida catecúmena y contemplativa fué de transición, y durante ella las multitudes, apartadas de todo negocio, vivieron atentas sólo al progreso de la vida espiritual, y con la vista fija en los intereses eternos. Su existencia, entonces, fué la de una comunidad religiosa, como más tarde vinieron á serlo los conventos; pero aquel éxtasis no podía perpetuarse, y los creyentes, que pasaron de rodillas los siglos de persecución, se pusieron en pie para entrar en la lucha general, cuando fué proclamada la paz religiosa por el primer emperador cristiano. Las máximas extremas, basadas en la caridad de Dios y del prójimo, apellidadas por los doctores de los primeros siglos, no eran aplicables á las relaciones de la vida civil, sino al fuero de la conciencia y al santuario de la vida mística. Tal fué la limitación que vino á ponerse, al cabo de los años, á tan fogosos principios, por la voz de San Clemente de Alejandría, quien enseñó ya que el Salvador no manda al rico sacrificar su patrimonio, sino desterrar del corazón el amor al dinero y las preocupaciones y temores que sofocan todo germen de vida; que lo que Dios reclama, no son acciones exteriores, sino algo más alto, divino y perfecto, que es arrancar del alma las pasiones que la degradan y empequeñecen; que el hombre podría desprenderse de sus bienes inútilmente, si guardase en el corazón la codicia y el amor á las riquezas; pero que puede ser bueno conservándolas, si ama á Dios y tiene caridad para el prójimo. «¿Cómo, pregunta, podrían ser ejecutadas las obras caritativas, si nadie tuviese con qué hacerlas? Los bienes de este mundo deben ser considerados como materiales destinados á algo útil, y ponerse en actividad por quienes saben servirse de ellos, hábilmente». Tal fué la doctrina que prevaleció en la Iglesia y la que prevalece hasta el día. Solamente los herejes como Pelagio, Wyclif, Huss, Juan Petit y los anabaptistas, han pretendido, después, predicar el comunismo como esencial al cristianismo; pero sus doctrinas han sido condenadas por Roma. Santo Tomás de Aquino fijó para siempre los verdaderos principios, que son los proclamados por San Clemente de Alejandría, poniendo de acuerdo las sanas doctrinas de Aristóteles sobre la propiedad, con las pre-

dicaciones místicas de los primeros Padres de la iglesia. Pero, entendiéndose bien, la defensa de la propiedad, abrazada por la iglesia, deja en pie en toda su fuerza, los argumentos y exhortaciones de aquellos Santos, por lo que se refiere á los deberes de conciencia, al amor al prójimo, á la fraternidad humana y á la caridad, que es la base de toda enseñanza. Hay, pues, esta diferencia capital entre el cristianismo y el socialismo: aquél llega al comunismo por el amor, y éste por el odio.

## IV.

El problema social incubado en la Revolución francesa, y predicado después por apóstoles elocuentes y convencidos como Reybaud, Leroux y Luis Blanc, pareció llegar á su apoteosis con la revolución de 1848, pues los sostenedores de la nueva doctrina, subieron con ella al poder, y tuvieron á su disposición los elementos oficiales para la realización de sus teorías. El gobierno francés de la segunda República, crió talleres nacionales con los fondos públicos; sueño dorado de Blanc y sus secuaces, quienes predicaban el advenimiento de la felicidad humana, para el día en que el Estado tomase por su cuenta la organización del trabajo. Desgraciadamente fracasó la tentativa, pues aquel arreglo socialista no produjo más que intrigas y desórdenes, y pereció bien pronto en medio de un enorme desprestigio y con el consentimiento de todos; así que bien puede decirse que aquella apoteosis, fué al mismo tiempo la picota oficial de tal ensueño socialista.

Pareció, después de eso, que la idea había quedado muerta y enterrada por virtud de tan resonante fracaso, y así se creyó por donde quiera durante buen número de años; mas no fué así, sino que, sobreviviendo á su propia derrota, se reanimó después, tomó cuerpo, flameó y alcanzó proporciones de incendio. Pensadores elocuentes y sabios, volvieron á tomar por su cuenta las teorías pasadas de moda, y poco á poco fuéronles comunicando nuevo prestigio. Karl Marx, Engels, Lassalle, Schäffle y Rodbertus en Alemania, Laveleye en Bélgica, Guesde en Francia, Ferri en Italia, y H. George en los Estados Unidos, han venido á ser en los tiempos modernos, defensores notorios de tales utopías. Desgraciadamente, el nuevo socialismo se ha mezclado más ó menos con el anarquismo, que predica la solución del problema por medio de